

M. E. WALSH

*otoño imperdonable*



se

Este es el libro con el que María Elena Walsh se dio a conocer como poeta. Lo publicó en 1947, en una edición que pagó ella misma, cuando tenía 17 años. Recoge una selección de los poemas que venía escribiendo desde apenas entrada en la adolescencia. Llama enseguida la atención la temprana madurez de esta escritora, la destreza a un tiempo conceptual y musical con que maneja las palabras. También se advierte aquí el germen de su imaginaria personal, cosechada en el paisaje suburbano, que desbordaría posteriormente en sus poemas y canciones, también en las dedicadas a un público infantil. Y esa difícil sencillez en el armado de las frases, esa fluidez sólo aparentemente natural en la expresión. *Otoño imperdonable*, cuyo título es en sí mismo todo un hallazgo, atrajo de inmediato la atención de poetas consagrados como Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Silvina Ocampo y Juan Ramón Jiménez, y le abrió las puertas de los suplementos y las revistas literarias de la época.



María Elena Walsh

# Otoño imperdonable

ePub r1.0  
et.al 13.11.2019

María Elena Walsh, 1947  
Retoque de cubierta: et.al

Editor digital: et.al  
ePub base r2.1



## Índice de contenido

Cubierta

Otoño imperdonable

Dedicatoria

Árbol

Esencia

Balada de la alondra persuasiva

Término

Con la mano vacía

La sombra

Mínima

Tránsito

El lugar

Vana historia

El caballo muerto

La víspera

Noche de frío

Balada triste

La cabalgata

Hombre pensativo

La casa

Paisaje de elegía

Poemas con razones principales

I

II

III

Epílogo

Sobre el autor

*Escribí Otoño Imperdonable entre los 14 y los 17 años. Esto no es disculpa ni jactancia: es una dedicatoria. Si veinte años después algunos adolescentes sienten alguna complicidad con este libro, la reedición está justificada.*

*Nota a la tercera edición, 1967*

## Dedicatoria

Piénsame como en la fotografía:  
con mi perfil rondando tu apellido.  
Brizna desmemoriada que ha crecido  
al lado de tu voz, amiga mía.

Yo soy aquella fiebre de papeles  
que por los corredores de la escuela  
admiraba tu mundo de acuarela  
y la política de tu pinceles.

Soy el antaño de tus mediodías  
y aquel afán donde te reconoces;  
quien buscaba tu voz entre las voces  
y quien tanto lloró porque sufrías.

Mi corazón en todo te comprende  
—desde su cerradura o con su llave—  
pero perdónalo porque aun no sabe



en dónde acabas tú y empieza el duende.

Digo que eres sostén y nervadura  
de esta riqueza que no llamo mía  
porque eres la verdad de mi alegría,  
porque estoy reclinada en tu dulzura.

No encuentro nada venturoso y nuevo  
que presida el candor de mi confianza;  
alargaré tu nombre en la esperanza  
hasta pagarte lo que no te debo.

En la ciudad de mi palabra fría  
ardiendo está tu ausencia o tu latido.  
Mucho antes de partir me habré perdido  
sin tu mano en mi mano, amiga mía.

Danza con mis paraguas arlequines,  
prende mi luz y mírate en mi espejo.  
De todo me desprendo y te lo dejo:  
la lapicera, el canto, los patines.

Te estoy queriendo única y primera  
desde mi soledad exagerada.  
Siempre estaré de frente en tu mirada

y asistiendo a tu sombra verdadera.

Dame la mano y vamos a algún lado  
con los pinceles como pasaporte.

Las dos con una brújula sin norte.

Las dos con un reloj equivocado.

# Árbol

Me detuve en la sombra transparente  
que cielos pastorales derramaban.  
La soledad hería el horizonte  
para extenderse más ilimitada.

Huyó mi voz de todos sus espejos  
y renaciendo en floración atávica  
dijo con el lenguaje del silencio  
lo que decir no pueden las palabras.

Un ritmo vertical buscó mi sangre,  
su calidad de lastimada savia,  
mientras como una firme enredadera  
la tierra a mi dolor se encadenaba.

En ferviente espiral se desvelaron  
mis manos en sazón, mis manos ávidas,  
y al encontrar el límite del viento

frustráronse implorantes como ramas.

Encendida de cantos fue mi sombra,  
herida en un incendio de bonanza.

Conoció la dulzura de la tierra  
y la inmovilidad de la distancia.

Desde la linde diáfana del aire  
multiplicados cielos me reclaman.  
Y mi desolación arborecida  
busca alcanzarles un montón de llamas.

# Esencia

Indefinible esencia  
BÉCQUER.

Nunca nombrarla, nunca.  
Ni callarla siquiera.  
Solamente crecer de sus raíces  
con asombrado llanto.  
Ser y morir tan sólo  
para justificarla  
como naturaleza  
y sumisa costumbre.

Madurará con pausa  
y exactitud de necesaria estrella  
y sólo incertidumbres  
me probarán su órbita,  
su doloroso amor, su cumplimiento.  
Será un desgarramiento  
elemental, constante.  
Desesperada espera  
—lo sé— desesperada.

Y sin embargo, nada

persistirá más cierto  
que su sabiduría,  
que sus sencillas fiestas.  
Como el rosal seguro de la rosa.

Y yo seré la sombra  
de su florecimiento,  
yo viviré acatando  
su voz y su silencio,  
en indefensa tierra,  
irrenunciablemente.

## Balada de la alondra persuasiva

En otra madrugada,  
por vientos de ceniza,  
obedecí al latido de la alondra.  
El cielo no era cielo todavía.

La zona del hornero,  
el tiempo de la encina  
se inquietaban en lento aprendizaje  
y el cielo no era cielo todavía.

Hubo un encantamiento  
de flor y hierba fina,  
un cauteloso antaño de rocío,  
y el cielo no era cielo todavía.

Septiembre constelado  
de dos campanas frías  
rodaba por lugares de silencio



y el cielo no era cielo todavía.

En clima de obediencia  
mi pulso recorría  
todo un advenimiento de corolas  
y el cielo no era cielo todavía.

No regresó conmigo  
la alondra persuasiva  
porque me desterró de su latido  
cuando el cielo fue luz de mediodía.

## Término

Yo sé que estoy en vísperas de lo desconocido:  
un presagio madura tristemente en mi pulso.  
Por él ¡oh despiadado! ya imagino las noches  
en que andaré descalza por pasillos oscuros.

Retoños de dolor que imaginó mi frente  
en rojas certidumbres florecerán mañana.  
Tengo el presentimiento de mi infausto bautismo,  
de la amarga parcela que me está reservada.

Que el silencio presida mi pavorosa angustia,  
que nada en mí pretenda huir de lo inevitable.  
Para sufrir más tarde el tiempo de las lágrimas  
vivo ahora esta edad de sed y aprendizaje.

Todas las cosas deben florecer. Que el augurio  
se nutra de mi sangre y cumpla su presente.  
Como él es el paisaje que habitará el dolor

yo soy un sitio donde florecerá la muerte.

## Con la mano vacía

Oh profesión salobre de silencio.  
Yo lo he callado todo. Las palabras  
me negaron su tránsito oportuno  
con un hilo de hierro en la garganta.

Quise nombrar en vano la dulzura.  
En vano quise darme en alabanza,  
que resistió tenaz la cerradura  
y toda llave me valió menguada.

Tal vez es una herencia de crepúsculos  
en que el mutismo fue horizonte y gracia,  
que revive en sajonas precauciones  
y caldea mis venas en su fragua.

Tal vez alguna intemporal presencia  
me reveló su antigüedad de lágrimas  
encendiendo en mis ojos para siempre

la luz contemplativa de su lámpara.

Todo será llorado y retraído  
en la desolación o la esperanza,  
que en mi voz decreció el abecedario  
y toda interjección fue amordazada.

Pueda quedar a solas con la tarde,  
creciendo en ambición de venturanza.  
Aunque huyan las palomas y me dejen  
con la mano vacía en la ventana.

## La sombra

Todo persiste en su razón primera  
—frágil andanza, precio del encanto—:  
La araña en su ritual devanadera  
y el pájaro en la forma de su canto.

Yo también nombraría, si pudiera,  
esa versión alegre del quebranto,  
pero cautivo de mi cabecera  
está el silencio que me duele tanto.

Está mi esencia, sueño amortajado,  
por equivocaciones y cadenas,  
por floraciones muertas en retoño.

Y el mar de pensativo acantilado  
que enfría en el tumulto de mis venas  
sus peces importados del otoño.

## Mínima

Bajo la risa del verano  
giraban mundos de colores.  
Entonces era yo tan niña  
que no sabía el nombre de las flores.

Recuerdo el pájaro atareado  
y la faena de la araña  
y el cielo diminuto que cabía  
en mis pestañas.

Con la respiración del agua  
y el riesgo de la arena  
pasaba el tren de la mañana  
junto a los grillos y las azucenas.

Y mientras mi candor rondaba  
por las provincias de una caracola  
tañían su silencio enamorado

el pez y la amapola.



## Tránsito

Crepúsculo que me anuncia  
un tiempo de soledad.

He recuperado el llanto  
en mi espera elemental.

Es en vano el plenilunio,  
la paloma y el rosal:

soy forastera en el ámbito  
de esta dulzura sin par.

No sé que hacer con mis ojos  
inmigrantes. No sé ya  
cómo habré de repetirme  
de silencio tan fatal,  
de mi bautismo de sombra  
frente a tanta claridad.

Nube, pájaro, legumbre,  
ay, no quisiera llevar  
a sus cálidas presencias

mi cofre de hielo y sal.

Verano, clima de ausencia,

tiempo de mi soledad.

## El lugar

Un día —no sé cómo— me di cuenta que amaba  
este cielo encauzado en dosel de follaje,  
que amaba este silencio iluminado en trinos,  
este paisaje triste que casi no es paisaje.

Por aquí pasé un día con el primer asombro,  
con el ardiente asombro de saber ya pensar.  
Y, vírgenes los labios de palabras lejanas,  
hablaba con los árboles mi voz elemental.

Esta calle ha vivido paralela a mi infancia  
¿y con los ojos fríos pasaba junto a ella?  
Olvidé que hay alzadas mil perpendiculares  
de su nombre y mi nombre a todas las estrellas.

Ahora, ya advertido su abolengo infantil,  
me persigue el recuerdo con sencillo reclamo.  
Por eso la contemplo con amor, prevenida.

Como si ya mis ojos la buscaran en vano.

## Vana historia

Si no recuerdo mal, todo cabía  
entre los horizontes de un pañuelo.  
Entonces figuraba el mediodía  
un sol con ojos en mitad del cielo.

Y gracias a una tierna hechicería  
la noche prodigaba su consuelo  
con tanta caridad que uno veía  
las estrellas tiradas en el suelo.

Pero hoy el agua no lo dice. Es cierto:  
ya no se pone un corazón dorado  
ni roba añiles a la golondrina.

Porque el mundo hechizado está desierto.  
Qué dolor, sobre él se ha desatado  
el Miedo con sus trapos de neblina.

## El caballo muerto

El sol se despertaba  
insinuando perfiles y cencerros.  
El caballo,  
a solas con su muerte, se vestía de tiempo.

Aún guardaba el cielo  
la consistencia pura de la escarcha  
y la hierba  
amarilleaba como arrepentida  
de su lujoso brío de esmeralda.

Los árboles oraban  
con su sombra monjil por el sendero  
y a ratos se esbozaba  
un trino en la blancura del silencio.

Allí estaba el caballo,  
a solas con la tierra,

desvanecido en íntima penumbra,  
condecorado por la primavera.

Quebró el itinerario de sus ojos  
esta invisible sombra de ramajes.  
Al litoral vacío  
huyó una referencia de paisajes.

El caballo,  
ay, ya no tiene nombre.  
La muerte lo igualó con cualquier cosa:  
un olvido sin alba ni horizonte.

Pero un niño  
supo llorarlo  
allá cuando ninguno lo miraba  
y estaban lejos todos los rebaños.

Después, un doloroso testimonio  
ocupará la fosa a flor de tierra:  
unos huesos que investirá la noche  
con la blancura de la luna llena.

La muerte del caballo fue llorada  
por un niño.

Y para iluminarla por más tiempo  
el sol se rezagaba en el camino.

Ahora, cuando anuncia algún galope  
su entusiasmo de rúbricas sonoras  
parece que el caballo se conmueve  
bajo los cuatro garfios  
que sin remedio lo atan a una sombra.



## La víspera

Ya preguntaba por el mundo mío,  
por la calle sin voz, por el pausado  
retorno de la noche en el rocío  
y por el aldabón desmemoriado.

Sorprendían los pájaros del frío  
la soledad del parque ensimismado  
y regresaba el nombre del estío  
puntual como la sangre a mi costado.

¡Oh voluntad de estrella en la bujía!  
¡Oh cortejo de llantos vegetales  
que en el perfil del viento renacía,

cuando al temblar la savia en su retoño,  
bajo un aire aturdido de panales  
amaneció la infancia del otoño!

## Noche de frío

Vagábamos por calles de pájaros sin nombre.  
Oh calles de la noche, oh pájaros del frío,  
íbamos bajo cielos constelados de sombra.  
Oh sombra de una música sin cauce ni destino.

Los árboles huyentes y casi minerales  
imaginaban órbitas de cercanos zodíacos  
y un silencio salobre se helaba en la estatura  
del aire en el ramaje plural estremecido.

El agua de la noche trazaba en mis pupilas  
acuáticos senderos, tréboles cristalinos.  
Qué pleamar, qué alarma: vertientes verticales  
y páramos de sombra que llevan a un abismo.

Y de pronto, un anuncio de bienaventuranzas:  
el viento que alargaba los muros amarillos.  
El viento, que movía rumores espectrales

casi reproducidos en follaje de vidrio.

Vagábamos por calles de pájaros sin nombre.

Por ámbitos de sueño, húmedos y sombríos.

Cobró el agua en mi voz el sabor de la noche

y designé a los pájaros con números de frío.

## Balada triste

Era el otoño y era la llovizna,  
la inicial certidumbre del poniente.  
Mis pasos desandaban su tristeza  
mientras sobre la tierra conmovida  
era el otoño y era la llovizna.

En el transcurso de las avenidas  
todos los pájaros habían muerto,  
y las hojas llovían cautamente  
sobre la hierba, cerca de mi sangre,  
en el transcurso de las avenidas.

¿Qué llanto conocí, qué desconsuelo  
bajo los árboles deshabitados?  
Cuando en la fuente se reconocía  
un cielo de palomas lejanísimas  
qué llanto conocí, qué desconsuelo.

Oh muros de mi sed, aquellos muros  
que no sé si existieron a mi lado;  
bebí en ellos soledad de siglos,  
luz funeraria, fríos alusivos.  
Oh muros de mi sed, aquellos muros.

Triste ejercicio el de invadir la niebla  
por ámbitos inciertos, declinando.  
Atravesé desconocidos puentes  
en el amanecer de los faroles.  
Triste ejercicio el de invadir la niebla.

Todos los pájaros habían muerto  
en el transcurso de las avenidas.  
Qué llanto conocí, qué desconsuelo:  
era el otoño y era la llovizna,  
todos los pájaros habían muerto.

## La cabalgata

Partimos cuando el alba destejía  
las finas luces de su cabellera.  
Se inauguraba la fisonomía  
adormecida de la primavera  
en la celeste voz de las glicinas  
y en el turismo de las golondrinas.

Galopábamos bajo la enramada,  
fustigados de viento mañanero.  
Crecía en la penumbra iluminada  
el alboroto vítreo del hornero  
y ya ardía en el cielo de las rosas  
una constelación de mariposas.

¡Oh aquella galería de frescura  
edificada en ráfagas frutales!  
Huíamos de sus sombras, en procura  
de la inminente luz de los trigales

alborotando charcos instalados  
junto a las procesiones de alambrados.

Y regresamos con el mediodía  
aromado de trinos y colores.  
En la casa, una ardiente algarabía  
quebraba el luto de los comedores  
donde filtrando atisbos de caireles  
el sol caía sobre los manteles.

Nadie me vio más tarde, florecida  
la frente sobre el tallo de mi mano,  
con la memoria de mi voz perdida  
en la proximidad de lo lejano  
y advirtiendo a través del duraznero  
la temprana presencia del lucero.

## Hombre pensativo

El hombre está pensando, y en su frente  
juega una sombra trémula de viento  
y danzan los delirios que la fuente  
le brinda en su pausado movimiento.

El hombre permanece conmovido.  
Sin ansia y sin recuerdo. Se ha quedado  
con la asistencia fiel de sus sentidos  
pendiente de un destino inesperado.

Porque el agua es un libro transparente  
que a veces melancólico ilumina  
algún sangrante trozo de poniente  
o un desbande casual de golondrinas.

El hombre lo comprende y se demora  
en el fluvial silencio de la fuente.  
Sin advertir el ritmo de las horas.



Sin ver danzar las sombras en su frente.

## La casa

Allá estarán las cosas todavía,  
a punto de no ser, contradiciéndose.  
En el hastío de las escaleras  
y en la resignación de las paredes  
aun seguirá creciendo aquella sombra  
con su sed de presagios inminentes.

Aquella sombra, ay, aquella sombra  
fría como la sal y como el verde.  
Su perfume inquietante, su leyenda  
de confidencias y de pareceres  
caía en el ramaje de mis hombros  
con la perseverancia de la nieve.

Yo nunca tuve edad. Por eso entonces  
crecí en la medida de mi muerte  
ante la certidumbre del dolor  
y la presencia de lo inexistente

y esa frialdad de las antiguas voces  
sólo atentas a sus atardeceres.

Dejadme que imagine: allí quedaron  
los guantes amarillos del jinete,  
el crucifijo, las lamentaciones,  
la ácida vigilia de la fiebre.  
(Consternación que pudo perpetuarse  
en el mundo asombrado de mi frente).

Yo sé que quise huir de los espejos  
deshabitados insistentemente,  
de la cal angustiosa, de la fecha,  
de la persecución de los caireles,  
de sombras que llovían por los muros  
lentas como la miel, y amargamente.

Es verdad que nací para estar triste  
junto a cualquier ventana, cuando llueve.  
Pero eso sí: guardadme mi silencio,  
aquel tan habituado a mis papeles,  
desordenado como las estrellas,  
amigo de mi voz, sencillamente.

No me llevéis a las habitaciones

donde sollozan coloridos seres,  
en donde no podría habitar nunca  
el aire que respiran los juguetes.  
Porque no quiero ver anohecida  
mi propensión a los amaneceres.

## Paisaje de elegía

No escuches mi dolor, tú que me heriste.  
No te reclama ya ningún acento.  
Sólo en mi corazón la sangre es triste.  
(¡Oh lentas calles del otoño lento!)

No te requiero un solo mandamiento.  
—Tú que me niegas, tú que no me diste—  
No sientas esta muerte que yo siento.  
(¡Oh tristes voces del otoño triste!)

Que sólo a mis entrañas se refiera  
este clamor, este importante frío.  
Quiero que no te alcance su lamento.

Pero si alguna vez te desespera  
un gran silencio, es el silencio mío.  
(¡Oh lentas sombras del otoño lento!)

## Poemas con razones principales

### I

Miento tu dicha sin querer, hermano.  
Mi corazón, espejo de la tierra,  
ha sepultado el rostro del verano  
en sombra humana y en humana guerra.

Si hablo del otoño es porque llueven  
llantos sin fin en un jardín desierto.  
Sugestivos silencios me conmueven  
si digo que los pájaros han muerto.

Creo que todavía no he nacido  
y hace mil años que me desconsuelo.  
Contemporánea de las hojas, pido  
un poco más de tierra para el cielo.

Anduve en la llovizna y el poniente,  
entre gastadas amapolas. Era

el agua apenas agua en cada fuente;  
la primavera, apenas primavera.

En un rápido susto de ladrillos  
vi desaparecer a la paloma y oí,  
por lejanísimos pasillos  
el ruido de la sangre cuando asoma.

Toqué la quemadura y el estruendo  
con piedras sobre el techo, con pavores,  
para empezar, para seguir viviendo  
una estación de atroces resplandores.

## II

Enumero verídicas arenas,  
lo que a orillas del tiempo he recogido:  
montones de estropeadas azucenas,  
algunas caracolas sin sonido.

Pero digo: —No importa que estén rotas,  
que se hayan muerto todas estas flores.  
Ya volverá la música a sus notas,  
ya Dios inventará cosas mejores.

Pero veo que el cielo no termina

y que no muere toda voz que canta,  
que la alborada pisa la colina  
y en azufre y ceniza se levanta.

Alzo mi fortaleza de suspiro  
y mi sangre arrancada de una hoguera  
para que sea cierto lo que miro  
y que no sea lo que Dios no quiera.

Esto es mi clima y mi pobreza, hermano.  
Nada te puedo dar de lo que tengo  
porque no está la forma de mi mano  
resuelta en el crisol de donde vengo.

### III

Seré materia de esperanza. Digo:  
—Cuando madrugues, cuando te enamores,  
cuando mires los ojos del amigo  
y te distraigan aparentes flores

ya habrán vuelto a su mundo sin abrigo  
los jardineros y los aviadores.  
Porque ésta es la verdad: ya crece el trigo,  
ya empiezan a cantar los ruiseñores.



Hay una insinuación de primavera  
en inminentes pájaros librada.

¿No la ves ya rondar tu calendario?

Mi vida no la ve, pero la espera con  
vestido de fiesta y demorada  
en un acontecer imaginario.

## Epílogo

Y menos mal que ya la enredadera  
azogada de lluvia, merecía  
pecíolos de luz, mientras la era  
bajo el silencio azul reverdecía.

Un capricho de nubes sólo fuera  
aquella negación del mediodía,  
abierto luego en un portal de espera  
y en una ingenuidad de celosía.

Desavenido el cielo en mi ventana,  
su repentina dicha en mi amargura,  
casi temí al milagro esa mañana.

Hasta que el viento, amigo y forastero,  
me convidó a aprender agrimensura  
por entre el cardo en flor y el duraznero.



MARÍA ELENA WALSH (Ramos Mejía, Argentina, 1930 - Buenos Aires, 2011). Poeta, novelista, cantante, compositora, guionista de teatro, cine y televisión, es una figura esencial de la cultura argentina.

Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes. A los quince años comenzó a publicar sus primeros poemas en distintos medios, y en 1947, apareció su primer libro: *Otoño imperdonable*. En 1952 viajó a Europa donde integró el dúo Leda y María, con la folclorista Leda Valladares, grabando discos en París. Desde 1960, ya en la Argentina, escribió programas de televisión para chicos y para grandes, y realizó el largometraje *Juguemos en el mundo*, dirigido por María Herminia Avellaneda. Asimismo, escribió guiones para cine y su música fue incorporada a filmes de trascendencia. En 1962 estrenó *Canciones para Mirar* en el teatro San Martín, con tan buena recepción que, al año siguiente, puso en escena *Doña Disparate* y *Bambuco*, con idéntica respuesta. Esas obras se publicaron como libros en 2008.

A partir de 1960 nacieron muchos de sus libros para chicos: *Tutú Marambá* (1960), *Zoo Loco* (1964), *El Reino del Revés* (1965), *Dailan Kifki* (1966), *Cuentopos de Gulubú* (1966) y *Versos*

*tradicionales para cebollitas* (1967). Su producción infantil abarca, además, *El diablo inglés* (1974), *Chaucha y Palito* (1975), *Pocopán* (1977), *La nube traicionera* (1989), *Manuelita ¿dónde vas?* (1997), *Canciones para Mirar* (2000), *Hotel Pioho's Palace* (2002) y *¡Cuánto cuento!* (2004).